



FUNDAMENTACIÓN CAMPAÑA 2020 – 2021

El lugar de Caritas va más allá de la prestación de servicios de responsabilidad pública. Su lugar, más bien, es la comunidad, el espacio de lo común y lo territorial. Su función es ser fermento dinamizador de la caridad de la comunidad cristiana para ponerla en estado de respuesta, de manera organizada, ante los retos de la pobreza y la exclusión. La comunidad eclesial tiene un papel importante en la reconstrucción de la sociedad post-Covid-19, por ello, hemos de replantar la animación comunitaria en una doble dirección: *ad intra* y *ad extra*.

Hacia los adentros eclesiales, la tarea animadora de Caritas está orientada a poner la caridad transformadora en el centro de la vida y misión de la Iglesia, promoviendo a los agentes de caridad como sujetos determinantes de la acción pastoral, para definir, sin complejos, la identidad cristiana desde la caridad samaritana, como presupuesto de una fe creída, celebrada y practicada. Esta caridad social se alimenta de la misericordia, acogida y ofrecida, y alcanza a la justicia social, que cuida, promueve, restaura y transforma.

Hacia los afuera sociales, Caritas ha de ayudar a recrear el tejido social comunitario y a generar cohesión, porque saldremos de esta situación si somos capaces de formar, entre todos, comunidad, una sociedad civil reforzada, tejida de organizaciones con bases sociales fuertes y compuesta por redes del bien común. Frente a la ideología de la desvinculación, la conveniencia de la revinculación, que se logra por el reconocimiento del valor de la «proximidad», el espacio del don y la gratuidad, la apuesta por la cercanía y el cuidado mutuo, la solidaridad con los más pobres y la hospitalidad con lo que vienen buscando un futuro mejor. La reconstrucción social pasa, por tanto, por tejer redes del bien común sin carga ideológica, por la cooperación entre vecinos, por la educación para aceptar las diferencias como un valor, y por relocalizar la vida recuperando espacios de producción y consumo local, sin olvidar lo global, y convirtiendo lo local, barrio o pueblo, en eje de democracia participativa.

La animación comunitaria necesita de personas implicadas en la vida de la comunidad y el territorio, de la parroquia y el barrio. Tarea fundamental de Caritas es el cuidado y desarrollo de los agentes de caridad, desde el acompañamiento y la formación. En estos momentos es muy importante animar, formar y adaptar la acción de los equipos para dar respuesta a la crisis. Un reto ineludible, que nos ha mostrado con mayor claridad la pandemia, es el relevo generacional del voluntariado, un modelo de voluntariado intergeneracional, y la necesidad de animar el compromiso de los jóvenes a vivir el proyecto Caritas; también el de ver qué papel pueden desempeñar los mayores, a partir de ahora, y cómo acompañar e integrar en la institución a los nuevos voluntarios, que se han acercado a Caritas a raíz de esta crisis.

Desde este lugar de misión que planta sus raíces en la tarea de abonar la tierra para que el Reino de Dios se haga posible y visible en medio del mundo, proponemos unas **claves que fundamentan la campaña.**

El valor de la interdependencia que teje fraternidad

La nueva realidad que vivimos generada por la Covid19 nos ha enfrentado a la experiencia común de peligro, miedo, amenaza y muerte. Como sociedad global del siglo xxi no habíamos vivido antes una experiencia de fragilidad y limitación que nos haya descolocado tanto y nos haya sumido en una profunda corriente de incertidumbre que nos mantiene en estado de alerta.

Hemos tomado conciencia de nuestra finitud individual y colectiva y, a pesar de nuestra tendencia humana a olvidar lo que nos duele o nos incomoda, la experiencia de fragilidad compartida nos ha hecho más sensibles y receptivos al dolor de los demás, hemos reconocido y agradecido el que otras personas hayan sostenido nuestra salud, nuestra provisión de necesidades básicas, el mantenimiento de muchos servicios, situaciones a las que normalmente no damos valor especial. Damos por hecho que todo lo que recibimos y tenemos es un hecho en sí mismo que merecemos, ya

sea por nuestro dinero, nuestro trabajo, o de creer que tenemos derecho sobre los de los demás. Pero pocas veces o ninguna caemos en la cuenta de que todo lo que disfrutamos y mejora nuestra calidad de vida es gracias a esa relación de interdependencia en la que cada persona aporta al conjunto de la sociedad un valor en sí mismo, y que sostiene la posibilidad de una red de recursos que mejora la vida de todas las personas.

Esta experiencia nos ha ayudado a acortar la mirada de ventana a ventana, y de balcón a balcón, y durante un periodo de largos días hemos experimentado el calor y la complicidad de las relaciones de vecindad, de apoyo y de cuidado mutuo. Nos hemos descubierto y constatado capaces de ayudar y ser ayudados por otros a través de gestos muy sencillos. Un saludo o un gesto a través de las mascarillas ha cobrado el valor de la calidez, del encuentro, de la compañía, en este desierto de afectos al que nos hemos visto abocados.

La interdependencia nos lleva a hacer descender nuestras barreras, temores y prejuicios respecto de los demás, a pesar de que ellos viven en nosotros, más allá de nuestra voluntad. Es el tiempo de agradecer y saber recibir, es el tiempo de pedir y de ofrecer.

El valor de lo colectivo que nos constituye comunidad global

Durante los meses de confinamiento, lo colectivo, lo que es de interés común a todos, ha puesto de manifiesto la importancia de preservar el mayor bien amenazado: la vida. Protegerla y preservarla nos ha permitido renunciar a otro bien común fundamental: la libertad. Haya sido por miedo, por obediencia o por solidaridad, la realidad es que la mayor parte de la población, en la medida de sus posibilidades de confinamiento, ha sido capaz de renunciar a salir a la calle, a sacrificar su puesto de trabajo o su negocio, hasta su propio futuro, por proteger la salud amenazada de todas las personas.

Hemos sido capaces de renunciar a intereses individuales por un interés colectivo mayor, y esto, sin que realmente seamos conscientes, nos pone en disposición de cultivar lo comunitario, el tejido social en red. La suma de esfuerzos, la colaboración como sociedad civil que tantas personas, empresas, colectivos han puesto a disposición de la protección de la vida, no puede quedar en el olvido.

La política, la educación, la sanidad, la vivienda, el transporte..., son bienes colectivos de toda la comunidad, más allá de las diferencias entre unos y otros. Proteger la vida, los derechos fundamentales, unas relaciones políticas, sociales y económicas sostenibles y justas para todas las personas, nos sitúa ante el resto de ser capaces de ver y atender a las personas que en nuestra sociedad sufren más por su vulnerabilidad, por su pobreza y por ser excluidos de la colectividad. Y hemos demostrado que sí somos capaces de hacer muchas cosas por otros. Es nuestra responsabilidad aprovecharlo.

El valor del acompañamiento y el cuidado como derecho y responsabilidad

Como seres sociales, los seres humanos necesitamos desde que nacemos el calor del abrazo, del aliento y la mirada, de sentirnos arropados y protegidos, de sentirnos cuidados. Esta necesidad primaria y vital que experimentamos desde el claustro materno no desaparece a lo largo de toda nuestra vida, ni siquiera cuando estamos próximos a morir. Es quizás, en ese sagrado momento en el que nos acercamos al final de la vida, cuando más necesitamos de los demás y de esa capacidad de cuidar, acompañar y amar.

El amor es el eje central del acompañamiento y el cuidado que, si en algún momento se concibe como responsabilidad o deber, el amor los transforma en don. La experiencia de ser acompañada o ser cuidada dignifica a la persona en toda su plenitud existencial haciéndola objeto de Amor, el mayor Bien Común que da sentido a la vida.

La experiencia de confinamiento y la obligada distancia social han puesto a prueba nuestra capacidad de acompañar y la forma en que nos acompañamos los unos a los otros. La necesaria ausencia de contacto físico y el mantener distancia ha encapsulado los abrazos y los besos, y nos ha hecho abrir ventanas, las de nuestras casas y las digitales para abrazarnos en la distancia, transformando el encuentro interpersonal en un parapeto de pantallas ante las que es imposible compartir aromas, latidos de corazón y roces de manos. Es posible que nuestra mirada se haya hecho más corta y miope, por eso necesitamos recrear el encuentro, acompañar la soledad y cuidar a los más desprotegidos y frágiles.

Acompañamiento y cuidado que necesita de la mística. Necesitamos una espiritualidad que cuide y alimente nuestro compromiso social, nuestro ser cuidadores de la fragilidad humana y ecológica. Porque no será posible

comprometerse con cosas grandes solo con doctrinas sin una mística que nos anime, sin unos móviles interiores que impulsen, motiven y den sentido a la acción personal y comunitaria (cf. LS 216).

Esta espiritualidad, que nutre la pasión por el cuidado, se fundamenta en el Dios en quien creemos, el «Todocuidadoso». La historia de la salvación está atravesada por la iniciativa cuidadosa de Dios que con su misericordia no se cansa de ofrecer nuevas oportunidades para la reconciliación y la transformación de las personas, las relaciones, los pueblos y toda la creación (Is 49,15, Os 11,1-8). Este Dios cuenta con nosotros como jardineros-custodios (cf. Gn 2,15). Nuestro referente es Jesús es el buen samaritano, el Hijo encarnado que permanece al lado para calmar, vendar y levantar a los heridos en cualquier dimensión de nuestra humanidad.

El valor de la comunidad que sale al encuentro

La experiencia de fragilidad nos ha hecho ver que no somos el centro del universo ni lo prepotentes y todopoderosos que muchas veces pensamos que somos. Nuestra manera de pisar esta Tierra nos muestra de manera sobrecogedora que nuestro instinto depredador es mayor de lo que estamos dispuestos a aceptar. La explotación de los recursos naturales, la permisividad de nuestros sistemas de gobernanza mundial ante la pobreza extrema de millones de personas en busca de asilo, de refugio, de hogar y oportunidad, nos conforman en una especie cruel capaz también de dar la vida por los demás con generosidad, capaces de sumar ingenio, habilidad, conocimiento, recursos, protección y solidaridad.

La Covid19 no nos ha hecho mejores ni peores personas. Somos esa misma raza humana creada y amada por Dios que dispone de la libertad para administrar, velar, defender, construir, crear, promover, sentir compasión... y tantas otras potencialidades que somos. Pero hemos vivido una experiencia de fragilidad única que nos brinda la oportunidad de gestar una humanidad nueva, una comunidad de personas capaz de salir al encuentro de otras para colaborar con los demás y contribuir a lograr una convivencia más armónica y menos crispada y polarizada, donde más que enemigos podemos ser cómplices, donde juntos podemos sembrar entendimiento y acogida para serenar y pacificar el dolor social y personal.

Estamos invitados a salir al encuentro unos de otros para construir futuro desde el presente, tejiendo comunidad, compasión, cuidado, cooperación, calidez, «cultura del encuentro», compartiendo lo que somos y tenemos.

«Es necesario, por tanto, que la parroquia sea un “lugar” que favorezca el “estar juntos” y el crecimiento de relaciones personales duraderas, que permitan a cada uno percibir el sentido de pertenencia y ser amado. La comunidad parroquial está llamada a desarrollar un verdadero “arte de la cercanía”. Si esta tiene raíces profundas, la parroquia realmente se convierte en el lugar donde se supera la soledad, que afecta la vida de tantas personas».

Y en esta inmensa y apasionante tarea no podemos dejar de cultivar la esperanza y la confianza que hacen que nos pongamos en movimiento, dispuestos para caminar siempre en salida, desde nuestro pequeño mundo particular a ese otro universo donde nos encontramos con otros pequeños mundos tan sagrados como el nuestro.

El valor que supone asumir responsabilidades compartidas

De esta crisis no podemos salir solos, cada uno por su cuenta. Ante una vulnerabilidad compartida hemos de ir de la mano, pues somos interdependientes. Se necesitan personas con mucha paciencia, con la mirada puesta en los más frágiles, y con una firme voluntad de llegar a acuerdos y de aplicarlos. La fuerza y poder de cada uno, sumado al de los demás, en clave comunitaria, nos ayudará a salir de esta situación y a construir una sociedad, un país y una humanidad más humana y justa.

Este no es el tiempo de la indiferencia, del olvido y la división, sino el tiempo de activar la caridad y la esperanza, de tomar partido por los que están viviendo situaciones de fragilidad y dolor, el tiempo de los cuidados: de nosotros mismos, de los otros y de la creación; el tiempo de trabajar juntos para eliminar las desigualdades y reparar la injusticia, que mina de raíz la salud de toda la Humanidad. En definitiva, este es nuestro tiempo, el de la caridad, para ser testigos de la fe, promotores de fraternidad y forjadores de esperanza.

Por eso se hace imprescindible preguntarnos cómo podemos activar la esperanza en nuestros corazones para que crezca la confianza en este tiempo tan necesario.